



LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Ariel

HISTORIA

LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Traducción de Ángel Abad

Ariel

HISTORIA

Título original: *Lenin and the Russian Revolution*

1.^a edición: enero de 2017
edición anterior: 1969

© Christopher Hill, 1971

© de la traducción, Ángel Abad

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2017: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2524-8
Depósito legal: B. 23.591 - 2016

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

| | |
|------------------------|----|
| Introducción | 13 |
|------------------------|----|

PARTE PRIMERA

ANTES DE LA REVOLUCIÓN

| | |
|--|----|
| I. Las causas de la Revolución | 21 |
| II. Lenin (1870-1917) | 43 |

PARTE SEGUNDA

LA REVOLUCIÓN

| | |
|---|-----|
| III. Un partido de nuevo tipo | 57 |
| IV. Hacia un Estado de obreros y campesinos | 79 |
| V. «¡Todo el poder para los soviets!» | 97 |
| VI. Pequeñas naciones y grandes potencias | 121 |
| VII. La construcción del socialismo en un solo país | 149 |

PARTE TERCERA

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

| | |
|--|-----|
| VIII. Lenin y la Revolución rusa | 185 |
| IX. El significado de la Revolución rusa | 203 |

PARTE PRIMERA

ANTES DE LA REVOLUCIÓN

CAPÍTULO I

LAS CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN

Muchas cosas hay en el mundo que tendrán
que ser destruidas a sangre y fuego.

LENIN, 1915

I

En 1917, en dos revoluciones, el pueblo ruso destronó a su zar, quitó su carácter oficial y de Estado a su Iglesia y expropió a su aristocracia. En Inglaterra y en Francia, todo esto había sucedido bastante antes: en Inglaterra, durante la guerra civil del siglo XVII; en Francia, cuando la Revolución de 1789. De manera que, al tratar sobre la Revolución rusa, lo que hemos de preguntarnos no es ¿por qué sucedieron estos violentos acontecimientos en Rusia en 1917? —una época en que la Europa occidental evolucionaba, en comparación, de modo pacífico y constitucional—, sino ¿por qué tardaron tanto en producirse en relación con otros países europeos? La primera pregunta podría llevarnos a suponer que la revolución sangrienta es algo peculiar de Rusia, y si seguimos por este camino antes de que nos demos cuenta estaremos diciendo tonterías sobre el alma eslava. De todas maneras, en la revolución de 1917 hay aspectos que son ciertamente muy rusos; pero es muy importante que

quede claro desde el principio que Rusia, con su revolución, ponía fin a la Edad Media de la misma forma que habían hecho los ingleses en 1640 y los franceses en 1789. Y por eso ahora podemos y debemos preguntarnos por qué fue tan tardío el desarrollo de los acontecimientos en Rusia.

La razón más importante, fundamental, es que en Rusia no surgió una clase media independiente. En la Europa occidental, los siglos XVII, XVIII y XIX fueron la época de la expansión capitalista durante la cual las clases mercantil e industrial arrebataron el poder económico, primero, y después el político, a las aristocracias terratenientes y a las monarquías absolutas. Durante toda la época heroica del capitalismo occidental, la economía rusa era como un gran charco de agua estancada; su comercio lo controlaban grupos extranjeros y sus escasas industrias eran feudo del zar o de otros señores feudales. La clase media rusa se desarrolló muy tarde y con mucha lentitud; la envergadura de sus operaciones mercantiles era de poca monta, y nula su independencia política. De ahí que el liberalismo, que fue la filosofía de la burguesía ascendente en Occidente, no tuviera raíces sociales en Rusia. El poder seguía estando exclusivamente en las manos del zar autocrático, que gobernaba por medio de una burocracia corrompida y se apoyaba en una aristocracia omnipotente en el campo y dueña y señora de todos los cargos de importancia en el ejército y la administración.

La primera oportunidad que tuvo el liberalismo en Rusia fue después de las tremendas derrotas sufridas en la guerra de Crimea (1853-1856). Estos desastres demostraron que las guerras ya no podían ganarse sin una moderna industria, y además pusieron al desnudo la más total desorganización de la maquinaria estatal. En 1861, con la abolición de la servidumbre se inició un período de reformas económicas y políticas. También se introdujeron, desde arriba, algunas de las técnicas de la civilización occidental, pero los cambios nunca gozaron del respaldo de una clase media competente y segura de sus posibilidades, capaz además de ponerlos en práctica y hacerlos realidad

hasta en los niveles más bajos de gobierno. Tales innovaciones no pasaron de ser, por lo general, una ficción, una fachada tras la cual la aristocracia y la burocracia seguían monopolizando el poder. No había en Rusia base social capaz de asimilar y aprovechar las nuevas corrientes.

Estas ideas liberales que habían penetrado en el país constituían un credo ideológico extraño, accesible sólo para gentes de buena posición; además, ese credo ya había empezado a sufrir ataques en el propio Occidente. En 1861, los románticos denunciaron ya la fealdad del industrialismo, y los socialistas las desigualdades inherentes al capitalismo. Nada extraño era, por tanto, que de entre los primeros oponentes al zarismo pocos fueran los que desearan aprovechar e imponer las instituciones e ideas del parlamentarismo occidental. Los conservadores eslavófilos idealizaban «las viejas tradiciones del alma eslava», procurando convertir en una virtud el hecho de que el desarrollo social de Rusia marchara con tres siglos de retraso respecto a Occidente. Otra tendencia de pensamiento, más democrática, soñaba con que Rusia podría pasar directamente a un tipo particular de socialismo-anarquismo campesino, sin sufrir la industrialización, a la que atribuían todos los males padecidos por Occidente. Pero estos «naródniki» (populistas), con su mística fe en «el pueblo» (*narod*, en ruso), eran «aristócratas con mala conciencia», terratenientes avergonzados de la vida que se daban a costa de los campesinos. Y su ambiente, educación y simpatías nada tenían que ver con los campesinos reales, a los que, en realidad, temían. Estos intelectuales de los años setenta y ochenta del siglo XIX que querían «ir al pueblo», vivir y trabajar en las aldeas, encontraron que les era incluso muy difícil ser comprendidos por los campesinos analfabetos, dominados por sus popes, cuya filosofía política se limitaba a conservar una vaga esperanza religiosa en que, algún día, el zar, un ser tan distante e hipotético como el propio Dios, vendría a sacarles de la miseria y castigar a sus opresores. Y, como dice el proverbio ruso, «Dios está en los cielos, el zar está lejos», pero el terra-

teniente, éste, seguía estando presente, muy presente, en cada lugar.

El rápido desarrollo industrial de las tres últimas décadas del siglo XIX trajo consigo cambios sociales. Pero ese desarrollo lo financió casi por entero el capital extranjero, y tuvo escasos efectos sobre la posición de la clase media nativa. La burguesía rusa dependía de Occidente en cuanto al capital, la técnica y las ideas políticas; de ahí que tuviera que invocar la protección del estado zarista para hacer frente a sus rivales, más poderosos económicamente. Esta clase no tuvo la menor pretensión de desafiar la dominación política de la monarquía y la gran burguesía hasta que, ya en el siglo XX, el régimen social imperante demostró, ante las exigencias de la guerra moderna, su absoluta incapacidad y corrupción, su impotencia incluso para mantener el orden y la estabilidad financiera.

II

Por aquel tiempo, apareció en escena un nuevo poder: el movimiento obrero, nacido con la industrialización. El proletariado ruso, extraído de sus míseras parcelas de tierra, conducido como rebaño a las fábricas y las minas, hacinado en barracones insanos, trabajando jornadas larguísimas, pésimamente pagado, tomó consciencia de sí mismo con una gran rapidez, en condiciones muy favorables para la unión, la solidaridad de clase, la organización y el desarrollo de un movimiento de masas revolucionario. Debido a que el desarrollo capitalista había sido tan tardío en Rusia, muchos sectores de la industria saltaron de golpe del estadio artesanal al de la gran fábrica dotada con el equipo más moderno. Por lo general, las fábricas estaban en manos, bien de firmas extranjeras, interesadas ante todo en obtener beneficios rápidos, bien de capitalistas rusos, menos preparados y eficientes y que, por consiguiente, sólo podían competir reduciendo los costes al máximo. Así se explica que

en las fábricas rusas hubiera cada año más víctimas que durante toda la guerra ruso-turca de 1877-1878. La lucha de clases se mostraba completamente sin máscara.

A diferencia de la clase media, el proletariado ruso heredó de Occidente una ideología que convenía plenamente a su vitalidad. Las revoluciones de 1848 y la Comuna de París de 1871, junto con los escritos teóricos de Marx y de Engels y la experiencia política de los partidos de la Segunda Internacional, habían permitido la formación de un cuerpo doctrinal socialista y de tradiciones de una revolución específicamente obrera. Esta «revolución proletaria», según la teoría marxista que Lenin adoptó, vendría a establecer el socialismo bajo la dirección de la clase obrera, de la misma manera que las «revoluciones burguesas» de 1640 y 1789 habían llevado a la dominación política de la clase media.¹

Hasta el momento he estado intentando responder a aquella primera pregunta que me hice al principio: ¿por qué tardó tanto en producirse en Rusia, respecto de Inglaterra y Francia, la revolución que abolió el absolutismo y liquidó los restos del feudalismo? Con lo que llevamos dicho, hemos de hacer ahora una segunda pregunta: ¿por qué triunfó una revolución socialista, que hizo innecesarios, o bien que no precisó, el capitalismo y el liberalismo, en un país como Rusia, de relativo atraso industrial, en un momento en que los partidos obreros de Europa occidental actuaban, bien como oposiciones parlamentarias legales, bien como ramas subsidiarias de partidos liberales aún más respetables que los anteriores? Por el momento, me limito a exponer la pregunta. Lenin se ocupó de esta cuestión con ahínco, y su respuesta espero quedará clara en todo lo que sigue. De todas maneras, tenemos claro ya un punto concreto. En Inglaterra, Francia y Alemania, gracias a la fuerza y madurez alcanzadas por la tradición liberal, el movimiento obrero pro-

1. Seguiré utilizando las expresiones marxistas «revolución burguesa» y «revolución proletaria» por su convincente valor de síntesis.

pendió a dejarse absorber con actividades parlamentarias y «reformistas». En Rusia, donde no existía esa tradición, y donde tampoco era posible introducir reformas por procedimientos constitucionales, la situación se radicalizó mucho más, hasta el punto que allí, en los años setenta y ochenta del siglo XIX, hubo aristócratas e intelectuales radicales metidos a revolucionarios y terroristas. Desde sus primeros comienzos, los dirigentes del movimiento obrero ruso dieron por supuesto, y correctamente además, que para obtener las reformas que exigían era previo y necesario derrocar por la violencia el régimen existente. Lo que decía el *Manifiesto Comunista* podía aplicarse casi letra por letra a los trabajadores de las fábricas rusas: no tenían otra cosa que perder que sus cadenas; y tenían todo un mundo que ganar.

III

La Revolución rusa fue hecha contra la autocracia de los zares, una clase de gobierno que en Inglaterra no se conocía desde el siglo XVII. Varias razones explican la supervivencia de ese régimen en Rusia. El país había sido siempre demasiado grande, sus comunicaciones pésimas y esto hacía imposible en la práctica administrarlo de manera eficiente desde un centro único. Pero, por otra parte, la defensa militar de un país así, con estepas abiertas e inmensas, exigía un gobierno muy centralizado puesto bajo la dirección de un solo líder. Y así fue como la autocracia de los zares pudo sobrevivir, porque al menos daba un poco de uniformidad a la administración de la muchedumbre de pueblos, atrasados y analfabetos, que componían el vasto Imperio ruso.

Pero, ya a finales del siglo XIX, la máquina de vapor y el telégrafo habían convertido la autocracia zarista en un anacronismo completo. Sin embargo, las instituciones políticas y sociales resisten y sobreviven mucho tiempo después de haber desaparecido la razón de su existencia. El zar Nicolás II todavía creía, en el siglo XX, en la idea de que él era zar por derecho divino y que

le correspondía la obligación moral de mantener intocable e inmovible la estructura del absolutismo; la cual o se conservaba enteramente como estaba, o desaparecería por completo. En cierto modo, tenía razón el zar en pensar así.

El Estado ruso era la negación de la democracia; ahora bien, no se podía introducir la democracia sin permitir, al mismo tiempo, que el capitalismo se desarrollase. Lo cierto es que la posibilidad de introducir en Rusia formas responsables de autogobierno dependía, en primer lugar, de la mejora de las comunicaciones. Hasta que la enseñanza, la educación política incluida, no llegase hasta las aldeas más apartadas con la ayuda del ferrocarril y el teléfono, no se podía pensar con realismo en constituir administraciones y gobiernos locales autónomos; hasta que los aviones y, más tarde, la radio permitieron una comunicación rápida con la capital, la burocracia existente tuvo que someterse a dictados y normas muy generales sin posibilidad de examinar y atender como convenía cada caso particular.

Y es que la burocracia no podía ceder en lo más mínimo, no podía adaptarse por sí misma a las nuevas situaciones. Aquella burocracia estaba íntimamente vinculada a la dominación de clase de la gran burguesía, y sostenía a capa y espada su idea de «después de nosotros, el diluvio». Esto significaba que estaba en oposición consciente al desarrollo de aquellas fuerzas de producción las cuales, y sólo ellas, podían haber creado condiciones para la transformación del gobierno burocrático. Y de ahí la revolución. El que en Rusia se desarrollase el respeto por la persona humana dependía, paradójicamente, y en primer término, de la difusión de las innovaciones tecnológicas. Ahora bien, como dijo Lenin en una de sus célebres frases epigramáticas, que bastaban para iluminar extensos campos de oscuridad: «La electrificación es la base de la democracia».

La causa fundamental de la Revolución rusa, por consiguiente, fue la incompatibilidad del Estado zarista con las exigencias de la civilización moderna. La guerra aceleró el desarrollo de las crisis revolucionarias, pero sus profundas causas subyacentes

no podían eludirse en tiempos de paz. En 1904, vemos al ministro del Interior (departamento responsable del mantenimiento del orden) defender la idea de desencadenar «una pequeña guerra victoriosa» como único medio que se le ocurría a él para abortar la revolución que se avecinaba. Pero, en lugar de eso, la guerra perdida frente al Japón dio lugar a la revolución de 1905; las derrotas sufridas en la guerra de 1914 a 1917 llevaron por vía directa a la catástrofe final de 1917. «La Revolución ha estallado —escribió Bruce Lockhart, testigo de la misma— porque al pueblo ruso se le ha terminado la paciencia y porque esto ha sucedido bajo un sistema de ineficiencia y corrupción sin paralelo posible.»

Pero si bien la guerra fue la causa inmediata de la revolución de 1917, no hemos de perder de vista las circunstancias en que el gobierno zarista entró en la guerra de 1914-1918, circunstancias que eran el producto de todo el atraso histórico de Rusia. El capital necesario para financiar su rápido desarrollo industrial y ferroviario y para dar empleo a los millones de braceros liberados de la servidumbre por la «emancipación» de 1861, había venido del exterior. Antes de 1914, todas las grandes centrales hidroeléctricas existentes en Rusia eran propiedad de extranjeros, así como el 90 por ciento de todas las acciones de sus empresas mineras. Los ferrocarriles rusos habían sido construidos con capital inglés y francés; el capital francés era predominante en las industrias metalúrgicas y del carbón de Ucrania, y el británico en el petróleo del Cáucaso. Alemania, ocupada en su propia y vertiginosa expansión tras la guerra franco-prusiana, tenía menos capitales disponibles para su exportación, y tampoco estaba muy interesada en tener un vecino, Rusia, fuertemente industrializado. De ahí que los banqueros franceses se convirtieran pronto en los principales acreedores de Rusia, y como, por aquellos años, Europa se hallaba dividida en dos campos rivales, estos préstamos adquirieron una clara significación política.

El año decisivo fue 1906, primer año de vigencia de la Constitución arrancada a Nicolás II por la revolución de 1905. En su

Manifiesto de 30 de octubre de 1905, el zar había prometido «establecer como principio intangible que ninguna ley será promulgada sin el consentimiento de la Duma del Estado y, además, que a los elegidos por el pueblo se les concederá la posibilidad de participar realmente en la supervisión de la legalidad de las acciones de las autoridades nombradas por Nos». De haberse hecho realidad estas promesas, la Duma quizás habría podido llegar a controlar el gasto del Estado, y con él, la política del gobierno. Pero Nicolás II tenía intenciones muy diferentes. En abril de 1906, un sindicato de banqueros de diversos países, principalmente franceses (que gozaban del respaldo de su gobierno), acordó otorgar un crédito de 2.250 millones de francos al gobierno del zar —«el préstamo más grande que se haya concedido jamás en la historia de la humanidad», según comentó con orgullo el primer ministro ruso.

Sobre esa base, Nicolás II podía entrometerse en el funcionamiento de la Duma y manejarla para sus designios. Cuando la asamblea de representantes del pueblo ruso —la Duma— se reunió un mes más tarde, el primer proyecto de ley que el gobierno del zar sometió a su consideración fue una donación a fondo perdido para la construcción de una biblioteca y un conservatorio en una universidad de provincias. Tras dos meses de celebrar sesiones, la Duma fue disuelta. A finales de 1905, el soviet de San Petersburgo había lanzado la amenaza de que la revolución triunfante repudiaría todas las deudas contraídas por el gobierno zarista. Los miembros de la oposición en la Duma se retiraron a Finlandia, un territorio relativamente libre, e hicieron un llamamiento al país para que se negara a pagar impuestos y a reconocer los préstamos contratados sin el consentimiento de la Duma. Pero el pueblo no respondió. La revolución había sido derrotada; los dividendos de los inversores franceses parecían haber quedado firmemente asegurados.

El precio de todos estos manejos se pagó muy pronto. Mientras se negociaba sobre el préstamo, se celebraban también las sesiones de la Conferencia de Algeciras. En esta conferencia,

Inglaterra y Francia actuaban juntas y en oposición a las pretensiones de Alemania en Marruecos; como contrapartida por el préstamo, el zar Nicolás II dio instrucciones a los representantes rusos en la Conferencia de Algeciras para que apoyaran las posiciones franco-británicas. Frente al bloque que le presentaron Francia, Inglaterra y Rusia, Alemania tuvo que ceder. Al año siguiente, se hicieron grandes esfuerzos por remendar, aunque fuera a base de parches superficiales, las relaciones ruso-británicas, tradicionalmente malas. Así se fueron levantando los dos bloques que se enfrentarían en 1914.

IV

Era inevitable que la guerra fortaleciese las posiciones de la burguesía, que había prosperado con el tardío pero rápido desenvolvimiento del capitalismo en Rusia. También dio algunas fuerzas a la posición de la Duma del Estado. Porque sólo esta última, en colaboración con la Unión de los Zemstvos y la Unión de las Ciudades, podía movilizar las energías y los impulsos necesarios para producir municiones, pertrechos militares y dotaciones a la Cruz Roja en la cantidad requerida. El primer ministro advirtió al presidente de la Duma —Rodzianko— que las cuestiones de municionamiento y el abastecimiento de víveres no eran de su competencia y que no le correspondía «interferirse en asuntos relativos a la marcha de la guerra». Rodzianko quiso organizar una amplia reunión de alcaldes y jefes de zemstvos, a instancias del comandante en jefe del ejército, para ver de organizar mejor el suministro de botas a las tropas; pero el ministro del Interior prohibió la reunión, pues sospechaba que la verdadera finalidad de tal reunión era recabar adhesiones a favor de una Constitución. El general Brusílov, quien se quejaba reiteradamente de la escasez de toda clase de equipos y suministros militares, hizo notar que el ministro de la Guerra no perdía ocasión de atacar y hostilizar a la Duma, en lugar de colaborar con ella.

En estas circunstancias, era difícil que los patriotas, disgustados por la idea de que los soldados fueran al frente descalzos, no alimentasen sentimientos subversivos. La guerra hacía prosperar a comerciantes y financieros, y por esta razón, incluso entre los círculos gubernamentales y cortesanos, había personas nada entusiastas de la guerra (incluida la zarina), y deseosas de firmar una paz por separado con Guillermo II, por cuyo sistema de gobierno sentían vivas simpatías, más desde luego que por el parlamentarismo de Francia o Inglaterra.

Conforme la guerra seguía su curso, la incompetencia (por no decir otra cosa) de los gobiernos nombrados por el zar, así como la necesidad de mantener a Rusia dentro de su bloque militar, obligaron a los embajadores de Francia e Inglaterra, cada vez más, a buscar la alianza con la Duma del Estado y con la oposición liberal. Presionaron al zar para que diese rienda suelta a las energías frustradas del país y las agrupara a favor del esfuerzo de guerra mediante la cooperación con las instituciones representativas rusas. Lenin (y, con él, muchos otros) sospechó siempre que la Revolución de Febrero de 1917 la tramaron los embajadores de Francia e Inglaterra. Tal vez esto no haya sido literalmente cierto, y por otra parte, sir George Buchanan, embajador británico, tenía la suficiente perspicacia y lucidez para saber que, una vez iniciada una revolución, habría sido muy difícil detenerla; empero, esa afirmación es congruente con la lógica de la situación. Es cierto que el gobierno formado de resultas de la Revolución de Febrero estaba ligado a Francia e Inglaterra por lazos y compromisos estrechísimos. Dependía de estos países completamente en todo lo relativo a pertrechos y suministros militares, condición esencial para mantener a Rusia en la coalición de guerra, ganar para ésta el control de los Estrechos y las demás conquistas territoriales prometidas en los acuerdos secretos. Pero lo que las potencias capitalistas occidentales ya no tenían tiempo de salvar era la propia monarquía rusa.

En verdad que habría mucho que discutir sobre lo dicho por Lenin de que lo único que podía dar la auténtica independen-

cia nacional a Rusia era abandonar la guerra y repudiar las deudas contraídas por los gobiernos zaristas con países extranjeros, actos que suponían una revolución mucho más radical y completa que la de febrero de 1917, que llevó al poder a un gobierno liberal basado en la Duma. En 1916, los intereses y amortizaciones que pesaban sobre la deuda pública ascendían a más del total de los ingresos del Estado: la mitad se debía directamente a bancos y gobiernos extranjeros, deuda exterior que fue aumentando vertiginosamente.

V

A la edad de veinticinco años, Lenin había trazado un proyecto de programa para el aún inexistente partido socialdemócrata ruso. En una «Explicación» anexa a ese proyecto, incluyó un notable pasaje sobre los efectos de las inversiones extranjeras (que por entonces acababan de comenzar) sobre el proceso de la revolución rusa. «Últimamente, los capitalistas extranjeros están invirtiendo con ansia sus capitales en Rusia; están levantando empresas filiales aquí y constituyendo compañías cuyo objeto es formar más empresas nuevas en Rusia. Esos capitalistas extranjeros se han lanzado con auténtica hambre sobre este joven país, cuyo gobierno se muestra más amistoso y agradecido para con el capital que ningún otro, donde los trabajadores están menos unidos y en peores condiciones para resistirles que en los países occidentales; y donde el nivel de vida (y, por tanto, los salarios) es más bajo, de manera que los capitalistas extranjeros pueden obtener mayores beneficios que en sus propios países. El capital internacional tiene ahora por objetivo a Rusia. Ahora es cuando los obreros rusos pueden estrechar sus manos con el movimiento obrero internacional.»

Resumiendo brevemente el tema: el desarrollo del capitalismo en la Rusia de finales del siglo XIX creó las condiciones favorables para que se produjera una revolución contra el Estado

zarista. Al mismo tiempo, el atraso del capitalismo nacional ruso, y la debilidad del gobierno dominado por los grandes terratenientes hicieron de Rusia un país atractivo para los inversores extranjeros. La inversión exterior aceleró el crecimiento del capitalismo en Rusia, y, con él, el desarrollo de un movimiento de la clase obrera que tuvo a su disposición toda la experiencia del movimiento obrero de Occidente, con el cual se vinculó. Precisamente, lo que indujo al gobierno francés a acudir solícito en ayuda del zarismo, en 1906, fue el temor al movimiento obrero ruso. El zar fue sostenido frente a una revolución burguesa por miedo de que ésta llegara demasiado lejos. Sin embargo, cuando el gobierno del zar tuvo que pagar el precio por participar en la guerra contra Alemania, los intereses de los capitalistas, tanto rusos como de los demás países occidentales, coincidieron en un objetivo: estimular el desarrollo del parlamentarismo liberal y el control burgués, lo cual produjo, finalmente, la Revolución de Febrero de 1917.

Empero, esos intereses comunes de capitalistas rusos y occidentales habían coincidido demasiado tarde. En efecto, para entonces el movimiento obrero ya se había desarrollado hasta tal punto que estaba en condiciones de barrer el débil gobierno liberal, el cual tuvo tan poca base social en el interior de Rusia como el propio gobierno zarista en sus últimos días. Con el triunfo de los bolcheviques en noviembre de 1917, desaparecían juntos el capitalismo ruso y las inversiones exteriores. Como advirtiera el poeta Blok a la intelectualidad rusa nueve años antes, «la historia, esa misma historia que, según dicen, puede ser reducida a simple economía política, ha puesto una auténtica bomba sobre la mesa».

VI

Hasta este momento nos hemos referido solamente a las causas generales y más impersonales de la Revolución rusa.

Ahora bien, las causas cuyos orígenes se remontan incluso a siglos atrás obran sus efectos a través de agentes humanos. En Rusia, las razones inmediatas de la Revolución hay que buscarlas alrededor de la personalidad del zar, Nicolás II. Según todas las fuentes, Nicolás era un buen esposo y un excelente padre. También lo fueron Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia, quienes, en circunstancias históricas similares, descubrieron que las virtudes privadas no eran equivalentes ni sustituto de la sensibilidad y el buen sentido políticos —y tampoco, podríamos añadir quizá, de la honestidad política—. Nicolás compartía el punto de vista de Carlos I según el cual el simple hecho de haber sido coronado y de haber prestado juramento le absolvía, si le convenía, de cualquier otro tipo de compromiso solemne. Lo que significaba, por supuesto, también, si ello le convenía a la zarina, puesto que Nicolás II, falto por completo de voluntad y carácter, estaba enteramente dominado por su esposa. Ironía de la historia que ha sido observada con frecuencia: Carlos I, Luis XVI y Nicolás II fueron hombres entregados, dominados por odiadas esposas extranjeras cuya ineptitud e intrusismo político convirtieron en cosa cierta la probabilidad de su ruina: la francesa, la austríaca y *Nemka* (la alemana), respectivamente. Pero el paralelo histórico termina aquí en nuestro caso, porque ni Laud ni Cagliostro pueden ser comparados ni de lejos con Rasputín, el inefable bribón que gobernaba a la zarina igual que ésta a su marido.

Rasputín era, notoriamente, un corrompido, un disoluto completo, y muy probablemente, cuando menos, era manejado por agentes alemanes. No obstante, a través de la zarina era capaz de conseguir que sus amigos fueran nombrados obispos y arzobispos, y hasta dar pábulo a la idea de que era un santo de una clase nueva; al final, llegó a imponer prácticamente la formación de gobiernos, influyendo de esta suerte sobre la orientación de la política y la marcha de la guerra. Al zar le pasaban informes completos de las licencias y los excesos de Rasputín, pero aquél se negaba a aceptarlos, cayendo en desgracia todos

sus correveidiles bienintencionados. La prensa tenía terminantemente prohibido mencionar el nombre de Rasputín (la prensa legal, naturalmente). Algunos consideraban como circunstancia atenuante el que las relaciones de la zarina con Rasputín eran, sin duda, del todo inocentes; ocurría que este último tenía una cierta y curiosa influencia hipnótica sobre un hijo de la zarina, hemofílico, y esto era lo que convencía a la histérica madre de que Rasputín era «un enviado de Dios».

Para que podamos captar hasta qué punto Rasputín era dueño de la situación, merece la pena que leamos alguna de las cartas de la zarina a su esposo, escritas cuando éste estaba lejos, con el ejército, y la mujer era de hecho el jefe del gobierno. Veremos cómo los méritos de los ministros del gabinete, los jefes del estado mayor, del propio comandante en jefe del ejército, eran valorados según su actitud para con Rasputín.

«*Cant you realize that a man [the Grand Duke Nicholas] who turned simple traitor to a man of Gods, cannot be blessed, nor his actions be good?*»,² escribía la zarina en junio de 1915. Dos meses después el Gran Duque Nicolás era destituido de su cargo de comandante en jefe, que asumió el propio zar contra el consejo escrito de ocho de sus ministros. Brusílov consideró que esta acción sellaba el destino de la monarquía: en adelante, el zar sería el único responsable de las derrotas que sufriera el ejército. En febrero de 1916, la zarina impuso el nombramiento de un primer ministro totalmente incapaz, Stürmer, quien, según comentarlo de un amigo suyo, consideraba que la guerra era «la mayor desgracia que le podía sobrevenir a Rusia y que además no tenía la menor justificación política». Por otra parte, la zarina escribió que Stürmer «valora mucho a Gregory [Rasputín], lo cual es una gran cosa». En noviembre: «Nuestro Amigo [Ras-

2. «¿Puedes tú comprender que un hombre [el Gran Duque Nicolás] que se convirtió en vulgar traidor a un hombre de Dios pueda estar en Gracia y ser buenas sus acciones?» La sintaxis y la puntuación son de la zarina, la cual escribía en inglés, pero pensaba en alemán.

putín] dice que Stürmer puede seguir por un tiempo de primer ministro», pero que debería cesar como ministro de Asuntos Exteriores. Como así fue, en efecto.

El nombramiento más ultrajante para la opinión pública fue el de Protopopov, un liberal renegado miembro de la Duma y conocido por su progermanismo, como ministro del Interior, en septiembre de 1916. La zarina le recomendó para este puesto clave con estas curiosas palabras: «Aprecia mucho a nuestro Amigo al menos desde hace cuatro años, y eso dice mucho de un hombre... Yo no le conozco personalmente, pero creo en la sabiduría y el consejo de nuestro Amigo... Escuchémosle a Él, quien sólo quiere vuestro bien; a Él le ha dado Dios más clarividencia, sabiduría y luces que a todos los militares juntos».

El zar no estaba convencido del todo, pero al saber que Rasputín había tenido una «pequeña rabieta», Protopopov fue nombrado. A través de este personaje, Rasputín pudo controlar directamente la política interna. La zarina escribió un mes después de su nombramiento: «Perdóname por lo que he hecho —no tenía otro remedio—; nuestro Amigo dijo que era *absolutamente* necesario. Protopopov está consternado por haberos dado ese documento el otro día, él pensaba que era lo correcto hasta que Gr[egory] le dijo que era un completo error. Hablé con Stürmer ayer y los dos creen en lo maravilloso que es nuestro Amigo, al que Dios envía sabiduría. Stürmer os envía un nuevo correo con otro documento para que lo firméis»... según el cual Protopopov, muy a pesar suyo, se hacía cargo de la distribución de alimentos a toda Rusia. La revolución estalló cuatro meses después.

Los ministros no sólo eran incapaces hasta la desesperación, sino que, además, se les sustituía con una rapidez asombrosa conforme la situación iba de mal en peor. En los dos años anteriores a la Revolución de Febrero, hubo cuatro primeros ministros, seis ministros del Interior, cuatro ministros de la Guerra y otros cuatro de Agricultura. Esta especie de juego de «salta-laburra ministerial» en tiempo de guerra y de aguda crisis interna

contribuyó en no menor medida que las arbitrarias interferencias de la zarina y Rasputín a impedir un funcionamiento medianamente eficiente de los departamentos ministeriales.

Y no es que queramos atribuir una importancia desmesurada a la corrupción de Rasputín; queremos señalar, simplemente, que estos episodios eran todo un símbolo de la corrupción, mucho más profunda, reinante en la sociedad rusa, en su clase dominante. Rodzianko, en su calidad de presidente de la Duma, intentó una y otra vez, aunque en vano, abrir los ojos al zar y hacerle ver el abismo cada vez más ancho que se estaba cavando entre la corte y la opinión digna en Rusia. Así, escribió, por ejemplo, en estos términos: «La aparición en la Corte de Gregorio Rasputín, y la influencia que ejercía allí, señalan el comienzo de la decadencia de la sociedad rusa y la pérdida de prestigio para el Trono y la persona del propio zar... La culpa de este proceso de desintegración que empezó a manifestarse en ese momento no puede echarse sobre las solas espaldas del emperador Nicolás II. La carga de la responsabilidad pesa plenamente sobre todos los miembros de las clases dirigentes quienes, cegados por su ambición, avaricia y apetito de prosperidad, olvidaron el terrible peligro que amenazaba a su emperador y a Rusia».

VII

Lenin definió después «la ley fundamental de la revolución» con estas palabras: «No basta para la revolución que las masas explotadas y oprimidas comprendan la imposibilidad de vivir a la manera de siempre y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores sean incapaces de vivir también al modo tradicional... De donde se deduce que para la revolución es esencial, primero, que una mayoría de trabajadores (o, al menos, una mayoría de los que tienen conciencia de clase, de los obreros activos mental y políticamente) hayan com-

prendido plenamente que la revolución es necesaria y estén dispuestos a sacrificar sus vidas por ella; segundo, que las clases dirigentes estén en un estado de crisis gubernamental tal, que ello empuje incluso a las masas más atrasadas a la política (un síntoma de toda auténtica revolución es el rápido incremento, multiplicando por diez y hasta por cien, del número de representantes salidos de las masas oprimidas y derrengadas por el trabajo —apáticas hasta ese momento— y capaces de lanzarse con vigor a la lucha política), una crisis que debilita al gobierno y permite a los revolucionarios derribarlo rápidamente».

Esta ley, añadía Lenin, fue confirmada por la revolución de 1905 y por las dos revoluciones de 1917. Desde comienzos de siglo, el procedimiento administrativo habitual de la autocracia era el empleo en gran escala de agentes provocadores que organizaban huelgas y cometían asesinatos políticos, y también de las Centurias Negras, bandas protofascistas que organizaron pogromos contra judíos y socialistas. Un gobierno que emplea semejantes métodos en tiempos de paz demostraba estar en guerra con un amplio sector de su propia nación y se enajenaba además la lealtad de los elementos dignos incluso de las clases burguesas. M. Maiski describe algunos reveladores incidentes ocurridos en sus tiempos de escolar, en Omsk, todavía en la década de 1890. Cierta día, los alumnos de su clase discutían con el profesor, como sucede de vez en cuando en cualquier clase, sobre si el estudio de los clásicos era algo útil y valioso. En pocos minutos, la discusión se tornó en acalorado debate *político* en el que se ponía en tela de juicio a toda la autoridad, y de resultas del cual se pasó a mayores, organizándose un tumulto que tuvo resonancias en toda la ciudad. Poco después, un ensayo sobre la literatura en el reinado de Catalina II motivó críticas políticas contra la censura en general, dando lugar a que las autoridades calificasen el incidente como disturbio; el «cabecilla» escolar fue expulsado.

Todos éstos son episodios muy representativos de la Rusia prerrevolucionaria. Existía una divergencia completa entre el

aparato oficial del Estado, la Iglesia y la policía política, por una parte, y la intelectualidad (en realidad, toda la masa de la población), por otra. El pensamiento expresado libremente era rebelión, y toda persona que pensara normalmente estaba expuesta a ser víctima de represión antes o después, como le ocurrió a Maiski en la escuela y a Lenin en la universidad. (En realidad, las universidades procuraban regularmente un cupo de revolucionarios. Los terroristas *naródniki* de los años setenta y ochenta del siglo pasado salieron en buen número de esa cantera, y muchos dirigentes bolcheviques ingresaron en la política a través, primero, de los movimientos estudiantiles.)

Al gobierno de Nicolás II le aterrizzaba cualquier pensamiento o acción que él no controlase directamente. En 1912, año de hambres, el gobierno se opuso tercamente a que otras personas o instituciones que no fueran las oficiales distribuyeran víveres de socorro. La censura impidió dar publicidad al programa del partido *Cadet*, liberal e inofensivo. Tolstoi fue excomulgado por una Iglesia cuyos sacerdotes debían revelar secretos de confesión cuando así lo exigía el interés supremo del Estado. En diciembre de 1906, el Santísimo Sínodo exhortaba a los sacerdotes para que explicasen a los fieles la conveniencia de elegir probados monárquicos para la Duma del Estado. En 1917, se demostró que la clase más adicta al antiguo régimen en el campo era el clero. Una orden general a la policía daba instrucciones para vigilar la observancia de los dogmas de la Iglesia ortodoxa y controlar las discrepancias y posibles conversiones a otra fe.

Como en Inglaterra en 1640 y en Francia en 1789, surgieron disidentes que se añadieron a un material ya de por sí bastante inflamable. Algunos se negaron a pagar impuestos, cumplir el servicio militar o rezar oraciones por el zar. Otros predicaban la igualdad entre los hombres y abogaban por un reparto igualitario de todas las riquezas de la tierra. Los había también que se organizaban en comunidades, con techo y granero en común, del que cada uno tomaba según sus necesidades. La Iglesia ofi-

cial perseguía con dureza a tan peligrosas personas, llegando incluso a arrancar a los hijos pequeños de sus padres. No fueron infrecuentes las «conversiones» forzosas. De esta suerte, los disidentes de diversas tendencias hubieron de acabar apoyando una revolución que les anunciaba la libertad de culto. Sin olvidar, a este respecto, que en Rusia había una minoría de 30 millones de musulmanes, cuyas instituciones nacionales y culturales, creencias religiosas y costumbres fueron garantizadas formalmente, por vez primera, en diciembre de 1917, unas semanas después de la Revolución de Octubre.

La Rusia de la generación anterior a la Revolución, la Rusia en la que Lenin se hizo hombre, era la Rusia de Chejov: una sociedad clasista en la cual el rango social, la opresión política y religiosa, la envidia y la murmuración retorcían y falseaban toda relación humana digna. Los personajes de Chejov se hacían continuamente una pregunta, formulada también, sin esperanza, por el empresario del cuento *El violín de Rothschild*: «¿Por qué es tan extraño el orden del mundo que la vida, que es dada a los hombres una sola vez, se pasa sin ningún beneficio?». Pero esta desesperanza, al menos en parte, era aceptada para burlar a la censura; el héroe de *Una historia anónima* decía con cautela, pero claramente: «Creo que ello será más fácil para las generaciones venideras; nuestra experiencia les servirá... Tenemos que hacer la historia de manera que esas generaciones no puedan decir de nosotros que éramos unos sinsustancias o algo peor». Hablar del futuro de Rusia era criticar el presente («el orden del mundo»). Nadie ha captado mejor que Chejov el malestar, la frustración, las vagas esperanzas de una sociedad prerrevolucionaria.

VIII

En julio de 1914, un movimiento huelguístico desencadenado en San Petersburgo culminó en lucha de barricadas entre la

policía y los obreros. La guerra devolvió por corto tiempo la lealtad al Trono; pero la calculada hostilidad del zar y de sus ministros hacia todas las formas de gobierno representativo, junto con las derrotas militares del ejército, mandado por el propio zar, y la constante deterioración de la situación económica, que enseguida escapó al control del gobierno, produjeron un violento desplazamiento en dirección opuesta. El régimen ya no tenía para entonces reservas, ni siquiera de buena voluntad, con que hacer frente a la situación.

Entre 1913 y 1917, los salarios industriales se triplicaron, pero eran tan desproporcionados con relación a los precios, que, en 1917, sólo se podían adquirir con ellos menos de un 45 por ciento de los artículos que con el mismo dinero podían comprarse en 1913. En el frente, millones de soldados morían o eran mutilados sin tener la más ligera idea de por qué y para qué era la guerra. La miraban como un antojo del zar; y cuando se dieron cuenta de que todos sus heroicos esfuerzos (por ejemplo, la ofensiva de Brusílov en 1916) no daban el menor resultado por culpa de la incompetencia del Alto Mando, empezaron a preguntarse por qué tenían que seguir sacrificando sus vidas por nada. Este sentimiento prendió también en los oficiales, que, ya por entonces, tras las cuantiosas bajas sufridas a todo lo largo del escalafón, eran en buena parte intelectuales de uniforme. En 1916, el mando había registrado un millón y medio, aproximadamente, de desertores.

Con razón se preguntaba el *Cadet* (liberal) Miliukov, en una sesión de la Duma celebrada en noviembre de 1916, si los ministros eran culpables de demencia o de traición. En diciembre, en un desesperado esfuerzo por salvar a la autocracia de sí misma, Rasputín fue asesinado por un gran duque, un príncipe ingresado por matrimonio en la casa real, y destacado reaccionario miembro de la Duma; al menos un dirigente de los *Cadets* había participado en la conspiración contra Rasputín. Pero ya era demasiado tarde. Tres meses después, un movimiento casi completamente espontáneo de obreros y soldados de Petrogra-

do barrió a la autocracia. Hasta hoy, nadie ha reclamado la paternidad o la inspiración del movimiento. Se formó un gobierno provisional que representaba a los partidos de la oposición liberal con mayoría en la Duma. Este gobierno cedió al radicalismo reinante publicando un manifiesto en el que prometía libertad de palabra, prensa, reunión y asociación; derecho de huelga; abolición de todos los privilegios de clase y nacionales; organización de una milicia popular con oficiales elegidos democráticamente; elecciones para los organismos locales de gobierno y una Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. El zar abdicó.

Como chupada colilla de un esclavo
Así escupimos nosotros su dinastía,

escribió Mayakovski.

Pero al lado mismo del gobierno provisional, representante de las clases respetables, que esperaban beneficiarse de una revolución que no se habían atrevido a hacer, estaba el soviét de Petrogrado, representante de los obreros y soldados organizados. El presidente de la Duma se lamentó amargamente cuando oyó decir que en Rusia no había un gobierno: suponía, con mucha razón, que graves responsabilidades iban a caer sobre sus espaldas. Pero en Suiza reinaba la mayor alegría y una nueva esperanza entre los rusos exiliados. Se iniciaron negociaciones para la vuelta de Lenin a Rusia, a través de Alemania, en un «tren sellado». Lenin sabía que la oportunidad por la que había luchado y esperado treinta años había llegado.

¿Quién era Lenin?